

EL DESCUBRIMIENTO DEL CUERPO EN EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

JOSÉ HOOVER VANEGAS GARCÍA*

Recibido: 12 de agosto de 2010
Aprobado: 29 de septiembre de 2010

Artículo de investigación

“No es el cuerpo, por tanto, el que impone su ley a la conciencia. Es la sociedad la que, por medio del lenguaje, rige la conciencia e imprime su ley al cuerpo”

Jean Starobinski

* Doctor en Filosofía. Profesor e investigador titular del Departamento de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Manizales. Miembro de la comunidad académica Cuerpo-Movimiento y coordinador del grupo de investigación de Ética y Política, de la misma Universidad. Email: hovgster@gmail.com

Resumen

Este trabajo consiste en mostrar algunas costumbres que tenían los nativos colombianos a la llegada de los conquistadores con el fin de identificar algunos elementos sobre la imagen de cuerpo que ellos tenían, en relación con la representación de cuerpo que traían los españoles, de tal manera que la tesis que defendemos consiste en mostrar cómo la idea de cuerpo que vieron los conquistadores en América en general, y en Colombia en particular, no era más que la transferencia de su propia concepción somática a la de nuestros antepasados. Esta tesis la defendemos en tres momentos: el cuerpo como imitación de los dioses, el cuerpo como elemento integrador de la naturaleza, y la intervención corporal. Es de anotar que este artículo corresponde a una parte de la investigación: "Historia colombiana de la corporalidad", elaborada en la Universidad Autónoma de Manizales, la cual tiene como objetivo interpretar la evolución de la corporalidad (imagen corporal) en los periodos de la historia colombiana.

Palabras clave: cuerpo, corporalidad, historia colombiana, descubrimiento de América, nativos colombianos, conquistadores, costumbres, cultura, salud, vivencias.

THE DISCOVERY OF THE BODY IN THE DISCOVERY OF AMERICA

Abstract

This work presents some customs of native Colombians at the arrival of conquerors in order to identify some elements of the body image they had in relation with the body representation brought by Spaniards, in such a way that our argument pretends to show how the idea of body conquerors found in America in general, and particularly in Colombia, wasn't other than the transference of their own somatic conception to that of our ancestors. This argument is defended in three stages: the body as an imitation of the Gods, the body as an integrator element of nature, and the corporal intervention. This paper is derived from the research project: "Colombian History of Corporeality" carried out at Universidad Autónoma de Manizales whose objective was to interpret the evolution of corporeality (corporeal image) in the different periods of Colombian history.

Key words: body, corporeality, Colombian history, discovery of America, native Colombians, conquerors, cultural customs, health, experiences.

Introducción

Los cuerpos humanos son entidades dinámicas, no sólo en su configuración anatómo-fisiológica, sino en su manera que tienen de presentarse a los ojos extraños y a sus mismos ojos. En el primer sentido, los cuerpos cambian de una manera muy lenta de acuerdo a las condiciones geográficas y climáticas de los territorios en donde habitan. En una segunda instancia, podemos afirmar que la percepción de cuerpo varía en coherencia con la época en que se vive y de acuerdo con los patrones culturales que limitan o amplifican la manera del ver el cuerpo. En el primer caso, los cambios se miran desde el cuerpo físico; en el segundo, se pueden mirar desde la percepción del cuerpo, lo que en fenomenología se denomina corporeidad o corporalidad, ésta, entonces, hace referencia a las concepciones sobre el cuerpo que determina la cultura en una época y en un espacio determinado. Para nuestro caso nos interesa este segundo concepto de cuerpo, ya que, en este trabajo, se tratará de describir la corporeidad, sobre todo en la época del descubrimiento de América, pero no sólo lo que vieron los conquistadores en los cuerpos nativos, sino la manera como nuestros antepasados se veían a ellos mismos.

Bajo este concepto de corporalidad se incluyen muchas percepciones de cuerpo¹, que se pueden construir en la historia y en la actualidad, tales como: la visión religiosa de cuerpo, el cuerpo como medio de la moda, el cuerpo saludable, la estética del cuerpo, entre otras. Para nuestro caso, sólo vamos a mirar tres aspectos: 1) el cuerpo resplandeciente, 2) el cuerpo invisible: la sombra de la muerte, y 3) la intervención corporal.

Ahora bien, este trabajo corresponde a la investigación: “Historia colombiana de la corporalidad”, elaborada en la comunidad de investigación Cuerpo-movimiento de la Universidad Autónoma de Manizales, cuyo objetivo es: interpretar las diferentes concepciones de cuerpo que han tenido los colombianos a partir de las creencias y las costumbres que expresan los sujetos a través de cada una de las épocas de la civilización colombiana con el fin de comprender el sentido de la corporalidad para los sujetos de la actualidad.

Esta investigación hace un análisis de la corporalidad desde los registros de los historiadores que abarcan conjeturas arqueológicas en América latina más o menos entre diez o veinte mil años antes de Cristo. Como lo afirma Reichel-Dolmatoff: *“La fecha de entrada del hombre a América del sur se había calculado, hasta hace poco menos de 8.000 o 12.000 años a.C., pero actualmente, en vista de los últimos descubrimientos arqueológicos en el Perú y en otros países, se sugiere más*

¹ Sobre el concepto de cuerpo, hay mucha bibliografía, sin embargo la postura que hay de fondo en lo que se va a decir sobre el cuerpo está en el libro *El cuerpo a la luz de la fenomenología* de José Hoover Vanegas García (2001).

bien una fecha de 20.000 años" (1989). Sin embargo, en este artículo sólo vamos a mirar la percepción, en siglo XV en Colombia, con base en las narraciones que dataron algunos protagonistas de la conquista.

1. El cuerpo resplandeciente

La llegada de los conquistadores a nuestro continente, no sólo sorprendió a nuestros nativos, sino a los recién llegados, que encontraron parte de su propia imagen en nuestro territorio. En su diario escribe literalmente Cristóbal Colón: *"Muy bien hechos de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras: los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballo, y cortos: los cabellos traen por encima de la cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan"* (1989: 20, T. I). Así nos vio Colón, pero en esta descripción está impregnada la concepción de ser humano y por tanto de cuerpo que él tenía, es decir, ya había toda una estructura cultural que le sirve de esquema para poder enunciar estas características de los cuerpos de nuestros nativos. Pero ¿cuál es la concepción que sobre su existencia corporal tenían nuestros antepasados? Esta es la pregunta que nos inquieta en este apartado, no obstante, para acercarnos a ella tenemos que partir de la descripción que hacen los historiadores de la época en cuestión, no hay otra manera. La idea, entonces, es perpetrar el concepto 'cuerpo' que tenían los nativos de acuerdo con la percepción que nos legaron los conquistadores.

Los cuerpos de los nativos eran pedazos de sol y de luna, que habían descendido de lo más alto y le dieron forma al alma de nuestros antepasados, como lo refiere Jiménez de Quesada:

"Ellos tienen al sol y la luna por creadores de todas las cosas y creen de ellos que se juntan como marido y mujer, para tener sus ayuntamientos. Además de estos tienen otra muchedumbre de ídolos, los cuales tienen como nosotros acá en los Santos, para que rueguen al sol y a la luna por sus cosas" (Melo & Valencia, 1989: 71, T. I).

La materia perceptible del mundo era igual a la materia perceptible de los cuerpos, y del mundo brotaron los ancestros de nuestros ancestros, el dios que todo lo ilumina, el dios que trae la luz:

"Según dice el padre simón, Chiminiguagua era el omnipotente, señor todo poderoso, una divinidad creadora en quien estaba depositada la luz y la belleza, que llenó de claridad el universo"

por medio de unos pájaros negros que lanzaban por el pico aire claro con el cual quedó iluminado el mundo y resplandeciente como está” (Castro de Posada, 1955: 42).

Ahora ya no eran cuerpos oscuros nacidos de la noche, sino cuerpos que resplandecían la claridad que les concedió el dios *Chimini* que literalmente significaba para los Chibchas, el creador.

El agua también tenía un significado sacro para nuestros antepasados, la fluidez de lo líquido conformaba otro hechizo de la naturaleza que se incorporaba a los seres humanos como elemento fundamental de la existencia corporal. El agua es un elemento que comparte a la vez las cimas y la tierra del mundo, es un elemento que por su condición está en lo más alto para la percepción humana, pero también en lo más próximo, habita en el mundo de los dioses y en el mundo de los hombres y las mujeres, de tal forma que lo que fue Poseidón para los griegos, el dios de todo lo líquido era *Sie* para los Chibchas, la diosa de lo líquido, de donde surge la vida, así lo transcribe Castro de Posada, refiriéndose a la laguna de Iguaque, ubicada en la población de Leiva:

“Del fondo de aquellas dormidas aguas surgió BACHUÉ o FUCHSACHOGUE que quiere decir, mujer buena. Sacó consigo de la mano un niño de entre las mismas aguas, de edad hasta de tres años, y bajando ambos juntos de la sierra al llano donde ahora está el pueblo de Iguaque, hicieron una casa donde vivieron hasta que el muchacho tuvo edad para casarse con ella; porque luego que lo tuvo se casó y el casamiento tan importante y la mujer tan prolífica y fecunda, que cada parto paría cuatro o seis hijos, con lo que se vino a llenar toda la tierra de gente, porque andaban ambos por muchas partes dejando hijos en todas, hasta que después de muchos años, estando la tierra llena de hombres y los dos ya muy viejos, se volvieron al mismo pueblo, llamando a mucha gente que los acompañara a la laguna de donde salieron, junto a la cual les hizo la Bachué, una plática exhortándolos a la paz y a la conservación entre sí, a la guarda de los preceptos y leyes que les había dado, que no eran pocos, en especial en orden al culto de los dioses; y concluido se despidió de ellos con singulares clamores y llantos de ambas partes, convirtiéndose ella y su marido en dos grandes culebras. Se metieron por las aguas y nunca más aparecieron por entonces” (Castro de Posada, 1955: 43).

Del sol unido a la luna nace la tierra y todo lo que en ella habita y de ésta surge el agua, que comparte tanto el lugar de los dioses como el de los hombres, y del agua emerge la vida en forma de cuerpos y de estos cuerpos brotan otros cuerpos, que a su vez se multiplican y cubren la tierra. *Sie*, entonces es dadora de vida en forma de cuerpos, por esto las mujeres nativas tenían su asiento al lado del agua a la hora de parir: *“Las mujeres que iban a ser madres buscaban la orilla de los ríos o de las lagunas, como escenario de su misión sublime. Después de nacido el niño, ambos recibían un baño y ella regresaba feliz con su adorada carga y la bendición de Sie”* (Ibid: 54). El dar a luz, o el desprendimiento de otro cuerpo era un ritual que sólo podía estar acompañado por la diosa del agua, sólo *Sie* era testigo presente de este milagro de la naturaleza, sólo ella testimoniaba la producción de cuerpos, el surgimiento de un cuerpo que lo primero que su piel sentía después de brotar al mundo era a la diosa misma, era al agua, de esta manera el líquido sagrado estaba unido a los cuerpos.

Pero esta unión entre cuerpo y agua, vida y *Sie*, no termina aquí, ella acompaña a los nativos en toda su existencia no sólo como base de su alimento, como es necesario a todo ser vivo, sino como un elemento sagrado, como la fluidez hacia donde tienden los hombres y las mujeres, el bautismo mismo estaba regado por la diosa: *“El recién nacido recibía un bautizo que lo purificaba y le abría las puertas de la eterna ventura, haciéndolo digno devoto de la amada Sie. Este debía entregar sus cabellos como tributo de adoración”* (Ibid: 44). El agua, entonces, era el medio con el cual se legitimaba la existencia de un nuevo cuerpo en el mundo de la vida, por medio del bautismo, se reconocía la epifanía corporal, como rito que enunciaba una nueva existencia, una nueva generación.

Los eventos más importantes también tenían como protagonista a la diosa *Sie*, por ejemplo, cuando se iba a nombrar un nuevo heredero al cacicazgo, además de ponerlo a ayunar seis años, no podía ver el dios sol en todo este tiempo, ni exponer su carne a ninguna mujer, como una especie de purificación. Cuenta Juan Rodrigo Fraile ((Melo & Valencia, 1989: 110-111, T I), que le cubrían su cuerpo desnudo de oro en polvo y diamante, y en una balsa lo transportaban hasta el centro de la laguna de Guatavita en donde se cubría con las aguas de la diosa *Sie*, depositando allí todas sus ofrendas, después de lo cual se agitaban las banderas y sonaban las flautas y empezaban los bailes para celebrar la llegada de un nuevo príncipe. El poder de los caciques estaba representado por el regreso a la diosa *Sie*, por el regreso como al ritual de iniciación, de donde surgió la diosa, allí se actualizaba el cuerpo que debía de mandar, el cuerpo tenía que ser ungido con el agua sacralizada, a la cual se le devolvía en oro y diamantes sus favores, el oro se quedaba en la laguna y el poder emergía del agua al cuerpo de los caciques.

Agua y cuerpo acompañaban la vida de nuestros ancestros, esta correlación parte de la sacralización del agua a la sacralización de los cuerpos. De esta forma el cuerpo tenía connotaciones divinas y participaba de la consagración de la diosa *Sie*. Sin embargo, la sacralización no sólo acompañaba la vida del cuerpo, también acompañaba a los cuerpos muertos:

“Después de muertos, los cuerpos de algunos caciques, eran arrojados con todas sus riquezas al fondo de las aguas. Otros disponían que se desviase el cauce de los ríos, mientras se colocaban allí los despojos mortales y todas las riquezas del extinto, para que, al echarlas nuevamente, las aguas los cubrieran para siempre” (Castro de Posada, 1955: 45).

De esta forma el agua estaba presente antes de la epifanía de los cuerpos, con la presencia de los mismos y después de ser carne. En este sentido, la presencia de la ausencia de los seres humanos, como representaciones corporales recordadas seguían existiendo en la memoria de los aborígenes, de hecho las citas que hacemos aquí se basan en citas de relatos de nativos a la llegada de los españoles.

La muerte implica la ausencia perceptiva en el mundo de los otros, significa dejar de vivir como presencias corporales, y pasar a existir como presencia en el pensamiento de quienes los testificaron, es decir, morir significa la conversión del ser corporal al ser recuerdos. Para nuestros antepasados no era menos significativa la muerte de sus contemporáneos, y menos si era un cacique. Como lo veíamos anteriormente, el origen de los cuerpos para los nativos era la luz, la vida estaba asida al agua y de ella surgían los cuerpos, lo cuales regresaban al agua, cargados con el metal que brilla, con oro, que se asemejaba al sol, es decir, que en la mente de los nativos, el cacique regresaba al sol a lo alto del mudo, al seno de su madre luna, y de su padre el sol. En la concepción de cuerpo, entonces hay un ciclo que parte del sol y la luna, luego transita al agua de la cual surgen los cuerpos, los cuales vuelven al líquido que todo lo puede, y de allí nuevamente a su origen: el sol.

De acuerdo con lo anterior, en nuestros antepasados, como en la mayoría de las teogonías de las comunidades primitivas, existe una dualidad en el origen de los seres humanos entre el cuerpo de carne y hueso, el cuerpo de la acción y la idea² de cuerpo representada por las deidades. Para nuestros ancestros no hay problema, el cuerpo es la idea hecha carne. Por un misterio de los

² Con el término ‘idea’, nos referimos, no sólo al acontecimiento de las cosas, los objetos y las personas en el pensamiento, sino a la morfología misma de los cuerpos en la mente. El término lo asumimos desde su etimología griega, como *eidos* (*eidos*). Para profundizar más en este concepto se puede consultar a Xavier Zubiri, en *Naturaleza, hombre y Dios*.

dioses, la idea o el espíritu³ como también se le puede denominar, se expresa en los cuerpos físicos que habitan la tierra. Como lo afirma Patrizia Maglial, en *Fragmentos para una Historia del Cuerpo Humano*, al considerar la historia de los cuerpos en general, “*el cuerpo, no siendo solamente la envoltura exterior del espíritu, sino también lo que lo simboliza, no es otra cosa que la animalización del alma, su imagen sensible y significativa*” (Michel Feher, Ramona Naddaff y Nadia tazi, 1991: 122, T. II). Ahora bien, para nuestros ancestros toda la naturaleza brota de los dioses, y el cuerpo es parte de ella, el cuerpo es naturaleza, por ello para los nativos el mundo circundante tenía mucha importancia, la madre tierra, el agua, la selva misma; es decir, no había una separación tajante entre cuerpo y mundo natural, uno era parte del otro, el cuerpo era un momento y un lugar del paisaje del mundo, el paisaje se cierra para darle prioridad a los cuerpos.

Pero no sólo los cuerpos de los caciques compartían la luz del sol transpuesta al brillo del metal, después de muertos algunas costumbres nativas habituaban enterrar a sus semejantes con el brillo del oro, el cual depositaban en el corazón de los difuntos, para significar la importancia de la afectividad o de las emociones que en vida estaba representado por este órgano, el más importante del cuerpo vivo, como lo afirma Pedro Simón: “*Todo el oro que hallaban en ellas estaba puesto al lado del corazón del difunto y aún en el propio corazón lo descubrían en algunos cuerpos que hallaban no acabados de consumir*” (Melo & Valencia, 1989: 37, T. I). El corazón representa en el cuerpo la urdimbre de la vida, y para nuestros antepasados era algo así como la linterna que alumbraba el camino en el viaje de la muerte. La muerte era emprender un viaje hacia el infinito, por esto a los cadáveres los despedían con toda clase de alimentos y bebidas, lo mismo que con algunas personas allegadas para que los acompañara, como afirma el mismo autor:

“[...] y metiéndolas consigo en sus sepulturas con sus macanas, si son hombres, arco y flechas y otras sus armas y si es mujer, la piedra de moler, múcuras, cazuelas y otras cosas que les pertenecen y comúnmente a todos les ponen vasijas de chicha, bollos y otras comidas y con las más principales se entierran las mujeres más queridas y los criados que ellos escogen para esto, porque la sepultura es capaz para todo, pues la hacen cuadrada y bien ancha” (*Ibíd.*: 36, T. I).

La muerte significaba el regreso a la luz. La respuesta al llamado de la claridad se respondía por nuestros antepasados con todo un arsenal de utensilios, para

³ El término ‘espíritu’, lo tomamos literalmente del griego *Nous* (*nous*), que podemos entender como principio de intelectualidad o disposición al conocimiento.

facilitar la cotidianidad, de armas para la defensa, de alimento para la fatiga y de acompañantes para el viaje hacia el mundo de los muertos, el mundo de la creación del dios *Chimini*. El padre creador era el mismo que los esperaba en su seno. El cuerpo, en general, no representaba sólo una estructura física, sino una estructura psíquica, que no moría con la desintegración del soma, sino que persistía en la existencia misma, aún como fantasmas que rondan el mundo de los nativos. Así, existen transiciones de lo orgánico a lo psíquico y al contrario, o dicho de otra forma de lo visible a lo invisible, como afirma Jean Starobinski: *“En las pulsiones, el paso de lo somático a lo psíquico no es de orden perceptivo, la pulsión no es el eco o el registro del grito del órgano”* (1991: 365, T. II). En lo que sigue, intentaremos tematizar el concepto de cuerpo invisible para los nativos colombianos.

1. Cuerpo invisible: la sombra de la muerte

Todo cuerpo es un trozo de naturaleza, es un pedazo del mundo, pero en el caso de los cuerpos humanos estos se alejan de la naturaleza y del mundo mismo; hacerse humano, consistía y consiste en cobrar distancia de la naturaleza y del mundo. Bajo este principio, los cuerpos de los nativos eran invisibles para los conquistadores, ya que en su naturaleza no estaba la visibilización, por lo menos no a la manera que los conquistadores entendían. En nuestra tierra no encontraron personas cubiertas con ropa sino de universo, como lo afirma el mismo Colón: *“Y la gente de esta isla y de todas las otras que he hallado y he habido noticias andan todos desnudos. Hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cobijan un solo lugar, con una hoja de hierba o una cosa de algodón que para ello hacen”* (Melo & Valencia, 1989: 24. T.I). De esta forma, el cuerpo era de la naturaleza y como tal se perdía en el mundo de la percepción, en el mundo mirado. No era una particularidad que sobresalía de la totalidad del paisaje, sino parte del paisaje natural.

Nuestros primitivos ocultaban sus cuerpos detrás de la estructura de la naturaleza, se hacían a ellos mismos invisibles, se camuflaban con fines prácticos, para no ser atacados por animales feroces o para cazar presas para alimento, lo que un lobo veía en otro lobo lo podía mirar en el cuerpo de nuestros nativos. Su invisibilidad corporal significaba una herramienta de supervivencia, por ello rescataban elementos de la tierra misma para prolongar sus propios cuerpos, es decir, pintaban su piel para hacerse más naturaleza, como lo relata Colón:

“De ellos se pintan de prieto, y de ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y de ellos se pintan de blanco, y de

ellos de colorado, y de ellos de lo que hallan, y de ellos se pintan las caras, y de ellos todo el cuerpo, y de ellos sólo los ojos, y de ellos solo la nariz” (Melo & Valencia, 1989: 20.T. I)

El oscuro los confundía con la tierra, el amarillo los camufla con el oro, lo mismo que el dorado, mientras que el blanco les da la transparencia de la claridad del día, cada uno de estos colores, que se desplegaba por la piel de los nativos reflejaba en el cuerpo su similitud con el mundo, el cuerpo se hace espejo de la naturaleza.

El oro en particular representaba para los cuerpos jerarquía, poder, superioridad. Un cuerpo entre más brille más dominio tiene en la comunidad de significantes ínter-corporales, como lo expresa Jiménez de Quesada, que enuncia algunas características de los adornos de los cuerpos de los Chibchas, de los que iban a ser caciques, después de encerrarlos y azotarlos en una casas cerradas por varios años:

“Y salidos de allí pueden horadar las orejas y las narices, para traer oro, que es la cosa entre ellos de más honra. También traen oro en los pechos, que se los cubren con unas planchas. Traen también unos capataces de oro, a manera de mitras, y también los traen en los brazos” (Melo & Valencia, 1989: 69.T.I).

Los cuerpos en la invisibilidad de la brillantez del oro que los cubría era uno de los distintivos de los caciques de los Chibchas. El oro expandido en la extensión del cuerpo, atravesando las orejas y la nariz, para complementar la gestualidad del rostro, los pectorales que protegían el corazón, la fortaleza del guerrero, brillaba como haciendo frente al destino corporal de los nativos. El cuerpo hecho como el dios sol, brillando desde la altura que le daba el poder al cacique, el dios de luz transferido al cuerpo de los Chibchas, alcanzable para todo el mundo de los nativos.

No obstante, no sólo los caciques gozaban de significantes corporales, la naturaleza se trasladaba al cuerpo de los indígenas, en general, por ejemplo adornaban su cabeza con diademas de plumas como símbolo de altura, para connotar la proximidad al sol, mientras que las mujeres *“en las cabezas traen comúnmente unas guirnaldas hechas de algodón, con unas rosas de diferentes colores de lo mismo que les viene a dar enderezo de frente”* Así lo afirma Jiménez de Quesada, (Melo & Valencia, 1989: 68. T.I). La cabeza y en particular los cabellos conformaban, como en la actualidad con significantes diferentes, un símbolo de poder, de belleza y de erotismo. Es más, nuestros antepasados idolatraban su cabello como lo describe Castro de Posada: *“Todos, hombres y mujeres, eran*

idólatras de su cabello y el cortarlo les ocasionaba la más humillante afrenta” (1955: 147). El rostro mismo constituye el primer foco de encuentro entre los seres humanos, es lo primero que se nos da de la presencia del otro, y por ello es lo más sobresaliente en el encuentro en la mirada, quizá bajo esta lógica, intuitiva quizá para nuestros antepasados, era que el rostro era adornado y además pintado con plantas de achiote, jagua y chica. La búsqueda de la semejanza con la selva se expresa en el rostro de los antepasados.

En cuanto al cuerpo, eran muchas las comunidades que por su desnudez se confundían con la naturaleza, ya que no necesitaban una segunda piel. Ahora bien, esta característica de algunos de nuestros antepasados no se puede juzgar como ausencia de ropa para cubrir la dignidad, ya que no se puede carecer de lo que no se posee, es decir, no era una carencia en los cuerpos nativos como lo vieron los conquistadores, ya que los cuerpos recorrían la tierra colombiana como dios los trajo al mundo, como su madre los parió. De esta forma, nuestros ancestros no simbolizaban negativamente su cuerpo, y menos sus órganos reproductores. Para ellos, el cuerpo, en su totalidad, era una creación del dios sol y de la diosa luna, por ello la vergüenza no habitaba en los sentimientos de los nativos, por lo menos, no como producto del significado de su cuerpo. La piel del cuerpo era parte de la piel de la naturaleza, la naturaleza misma se expresaba y se expresa en la particularidad por medio de los cuerpos en general, las piedras, los árboles y los somas de los seres vivos. Así, la segunda piel de los españoles transita a los nativos por el sentimiento de vergüenza, por la morbosidad que ellos nos trajeron. Más que el vestido, nos trajeron la culpabilidad corporal, el deprecio por nuestro propio cuerpo. Este encuentro entre dos imágenes corporales, no es neutro sino cargado con intencionalidades perversas.

Los órganos reproductores han constituido un misterio que se expresa en el engendramiento de los cuerpos, en la prolongación de la especie, de hecho el término que se usa en el Génesis de la Biblia, es *toldot*, que se traduce como engendramiento. La iniciación y la prolongación del cuerpo de los seres vivos tienen su origen en los órganos reproductores, la reproducción tiene sus símbolos físicos y estos no son más que los genitales, de hecho, los órganos genitales son índices de los fantasmas de los cuerpos, son la fuente de la presencia de la ausencia de los nuevos cuerpos que pueblan y poblarán el mundo. Esta idea nace con la naturaleza de los seres vivos en general, pero intencionalmente en los seres humanos, así se expresa en nuestros nativos. De aquí que los pobladores de la tierra colombiana hayan ideado formas de proteger los cuerpos no nacidos a partir del cuidado de sus órganos reproductores, por esto muchas costumbres de nuestros antepasados ideaban formas de proteger su generación a partir de la protección de su reproductividad. Así los Darienes, los Quiriquiris del lago de Maracaibo, los

Tupes del Cesar, los Pantágoras del Magdalena, los Guayupes al pie de la Cordillera Oriental, entre otros⁴, acostumbraban atar el prepucio a la cintura con una cuerda, de cabuya u otras fibras vegetales, algunos con estuches de capullos, otros con el pene entre las piernas, otros, como los Darienes, con él en posición vertical, como símbolo de virilidad. Al respecto de estas costumbres nos dice Oviedo y Valdéz:

“El miembro generativo traen atado por el capullo, haciéndolo entrar tanto adentro, que en algunos no se les parece a tal arma, sino la atadura, que es unos hilos de algodón allí revueltos. Preguntándoles yo la causa por qué andaban así, decían que porque aquello era su usanza, y era mejor traerlo así, que no suelto como los indios de la isla de Chira o como nuestros caballos” (1959: 299, III).

Parece ser que el uso de utensilios peniales y vaginales tuvo como origen la protección de la picada de los mosquitos o la entrada de peces urinofilos o de serpientes, otros creían que el contacto de los genitales con el agua los podía volver impotentes cómo lo narra Karsten (1935: 453-454), esto hizo que algunas comunidades, como los Caribes, avanzaran tecnológicamente hasta usar conchas o caparazones de moluscos, especialmente de los caracoles, para proteger su pene. Otros más avanzados, elaboran con metal de oro o de plata protectores peniales, así lo cita Patiño: “A raíz del viaje de Rodrigo de Bastidas al istmo de Panamá, llevó capturados, para mostrar en España, ‘ciertos indios morenos y desnudos, como todos los otros, así de las islas como de tierra firme, que traían cubiertas sus vergüenzas, con cañutos de oro en forma o figura de embudos’ (1993: 33). También se usaron otros elementos como frutos tales como el totumo y la calabaza, que les llamaban con el nombre de *peniestuches*, para proteger los genitales.

En el caso de las damas aborígenes, se tiene noticias que cubrían sus órganos con materiales tejidos con vegetales a los cuales se les llamaba: maures, pañetes, pampanillas, faldellines y rapacejos (Patiño, 1993: 38). Según nos cuenta Oviedo y Valdés:

“Cíñense un hilo tan delgado o menos como una pluma de escribir, o como un alfiler grueso, de algodón torcido; y desde la cinta baja por sobre el ombligo otro hilo no más gordo que el de una cinta, y aquéste pasa por mitad de la natura de la mujer y va a fenecer entre las nalgas, con un nudillo al cabo, con que entra

⁴ Estos datos como los que siguen, en este aspecto, son tomados del libro *Historia de la cultura material en la América equinoccial* de Víctor Manuel Patiño (1993).

en el purgatorio o parte más sucia de la persona; e si allí no quiere que entre, rebuja al cabo un poco el cabo del hilo y pasa adelante y quédase entre las nalgas” (1959: 12-13, III).

También era común en el Caquetá usar conchas, que les llamaban *zapa*, también los Guayupes aprovechaban tablillas de madera que ataban de la cintura, entre otros materiales estos eran los más usados para usar como “taparrabos”. En coherencia con estos datos, el significado que tenían los órganos genitales para nuestros ancestros era de delicadeza y engendramientos naturales tanto para quienes andaban vestidos de universo como para quienes cubrían, por protección, su intimidad.

El cuerpo, en general, representaba para nuestros aborígenes la exaltación de la naturaleza particularizada en las personas, por ello se resaltaba el cuerpo como un instrumento físico, que sobresalía en la generalización del paisaje que habitaban. Esta interpretación se puede defender con las costumbres de los nativos colombianos, por ejemplo, Fray Gregorio Arcila, al narrar las costumbres de los Ansermas, afirmaba que: “Ellos solían pintar el pecho, la espalda, lo mismo que las piernas con el sumo de fibras vegetales” (Agudelo, Luis E, 1983: 33). En cuanto a los Pijaos, nos dice Tobar (citando a Fray Pedro Simón): “en la guerra cubrían su pecho y el estómago con escudos gruesos e impenetrables, hechos con piel de danta” (1958: 49). Así el cuerpo constituye el rostro de la humanidad que se expone al medio de la percepción, por ello había que, inicialmente, embellecerlo, mostrarlo diferente a su naturaleza, ya que en su ser se muestra la debilidad de la piel, al camuflarlo con colores se expresa la fortaleza del cuerpo, lo mismo que la virilidad. Y en un segundo momento la protección del tórax es fundamental en el conflicto, en donde lo expuesto es el cuerpo mismo, en la guerra, nuestros antepasados eran crueles con el cuerpo de los enemigos. El otro, dejaba de ser un ser humano y pasaba a ser un cuerpo que había que lacerar, que había que destruir, que había que convertir en cadáver.

Existían otras costumbres que también nos muestran la idea de cuerpo, que tenían los habitantes de Colombia a la llegada de los conquistadores, tal es el caso de “los Karibes que se deformaban la pantorrilla en forma de huso y por medio de pito torcida y delgada” (Tobar, 1958: 125), este hábito nos muestra la necesidad de algunos nativos de simular la naturaleza con propósitos estéticos, ya que la belleza no estaba en la regularidad de los cuerpos, sino en la emulación con el mundo externo y el caminar de una manera singular. Esta costumbre aunada a la modelación del cráneo también la practicaron otros grupos de nativos: “Los Quimbayas tenían la costumbre de deformar intencionalmente, las extremidades inferiores y las superiores, lo mismo que el cráneo y se tatuaban el cuerpo con rodillos” (Betancourt, 1998: 127). Esta forma que tenían los nativos de ajustar el cráneo

desde chicos, instalando tablillas en su cabeza de manera permanente y con propósitos de alargamiento del cráneo de forma tubular erecta o tubular oblicua, o rectilínea, era con el fin de diferenciarse socialmente de otras personas. Estas modificaciones corporales implican un inconformismo, con la percepción cotidiana del cuerpo, implican la voluntad de ser diferentes, pero también implican el atrevimiento con lo que la naturaleza forma y la disposición a modificar el cuerpo mismo, sin importar o no tener en cuenta las implicaciones patológicas.

Los cuerpos no sólo tenían valor como órganos vivos, ya que aun la sombra de los muertos tenía mucha importancia para sus contemporáneos, lo cual se manifestaba en varios ritos que ejercían, tales como sembrar los cuerpos femeninos en la base de una edificación como lo cuenta Castro de Posada relatando las costumbres de los Chibchas: *“Las más bellas muchachas del imperio debían presentarse para atender el llamamiento que el monarca les hiciera, a fin de elegir entre todas a las privilegiadas, aquellas cuyos cuerpos habían de ocupar los fosos donde iban a colocarse los cimientos del templo o de la gran mansión”* (1955: 95). Esta era una forma de ganar la inmortalidad de su existencia, ya que su recuerdo era deificado en los cimientos de los templos, similar destino corrían los indios de más alta jerarquía:

“A los Zaques y nobles, en tierra de los Hunzas, les extraían las vísceras, ponían el cuerpo a secar a fuego lento, les llenaban el vientre de oro y esmeraldas, los envolvían en finas mantas, los adornaban con mitra, pectorales, collares, brazaletes, y demás joyas de oro y los conducían al templo del sol donde reposaban para siempre en sendas barbacoas” (*Ibíd.*: 115).

La sombra de la muerte recorría los caminos que se abrían como venas y arterias de nuestra tierra, es decir, convertían la existencia física en recuerdo. El cuerpo no terminaba con la desaparición de la vida, el otro y la otra seguían existiendo, como fantasmas, como almas. Frente a esta idea los nativos tenían su propia concepción, las almas, cuando brotan de los cuerpos muertos, emprenden un viaje hacia el centro de la tierra, atravesando por un río en una barca tejida con telas de arañas, en donde ocupan su lugar en coherencia con lo bueno o lo malo que se hayan comportado en la vida. No hay límites, entonces, para la existencia, sólo hay transformaciones de la materia, en la mente de nuestros antepasados, el otro y ellos mismos siempre han existido, ya sea como cuerpos físicos, o como almas divagando en el mundo invisible a los sentidos, pero visible en el mundo de los pensamientos. Esta idea la defiende Jiménez de Quesada, hablando de las costumbres de los Chibchas:

“Cuanto a la inmortalidad del alma creenla tan bárbara y confusamente que no se puede, de lo que ellos dicen, colegir, si en lo que ellos ponen la holganza y descanso de los muertos, es el mismo cuerpo o el ánima, pues lo que ellos dicen es que el acá no ha sido malo sino bueno, que después de muerto tiene muy gran descanso y placer, y que el que ha sido malo tiene muy gran trabajo, porque le están dando muchos azotes. Los que mueren por sustentación y ampliación de su tierra, dicen que estos aunque han sido malos, por sólo aquello están con los buenos, descansando y holgando. Y así dicen que el que muere en la guerra y la mujer que muere de parto, que se van derecho a descansar y a holgar, por solo aquella voluntad que han tenido de ensanchar y acrecentar la república, aunque antes hayan sido malos y ruines” (Melo & Valencia. 1989: 71, T. I).

Bajo estos presupuestos, hay dos mundos, como mínimo, en el pensamiento de los Chibchas, el primero que es la prueba para ganar, el segundo que es el habitat de la eternidad. Hay privilegios que se ganan con el cuerpo de carne y hueso y que se premian con favores al alma. Es decir, que la gratificación era un llamado de la lejanía a los cuerpos para que se esforzaran, ya sea en guerra, con el encuentro en la piel del enemigo, es decir, en la destrucción de los otros, pero también en procreación de semejantes. La muerte y el engendramiento son los dos polos de puente que unen la vida física del cuerpo con la existencia pensada en el recuerdo, el cuerpo vivido con el cuerpo hablado. Quedar en el recuerdo significaba, ser testificado por sus hazañas, por sus proezas, por la valentía, pero también por la facultad de contribuir a la eternidad mediante el engendramiento.

De esta manera, podemos afirmar que el cuerpo físico tenía un valor más reducido que el cuerpo fantasma, o el cuerpo hablado, sin embargo hay una costumbre en los Chibchas, en donde el cuerpo aún después de muerto era usado en las batallas, como lo narra Jiménez de Quesada:

“En sus batallas tienen una cosa extraña, que los que han sido hombres afamados en la guerra y son ya muertos, les confeccionan el cuerpo con ciertas unturas, que queda todo el armazón entero, sin despedazarse, y a estos los traen después en las guerras, así muertos, cargados en la espalada de algunos indios, para dar a entender a los otros que pelean como aquellos pelearon en su tiempo, pareciéndoles que la vista de aquellos le ha de poner vergüenza para hacer su deber” (1989: 67-68, T. I).

Los significados de cuerpo con esta costumbre se revelan de una manera más evidente, el cuerpo del otro asido a la espalda del guerrero, le da fortaleza al guerrero mismo, y para la percepción del enemigo, no era enfrentar a un contrincante sino a dos, a dos cuerpos, un cuerpo doble, pero además esta imagen infunde temor, le anuncia, visualmente a los enemigos, las pocas oportunidades que tiene.

De esta forma, los nativos americanos ingeniaban formas de aprovechar a sus muertos, conservando el valor de los héroes caídos en batalla. La sombra de la muerte los acompañaba literalmente con el cuerpo de sus aliados a sus espaldas. El otro no desaparecía, seguía viviendo, seguía batallando, como un cuerpo útil o como un cuerpo instrumento para beneficio del grupo, no era un estorbo. El cuerpo del muerto constituía un símbolo de valor que transitaba al cuerpo vivo. Esta fusión entre cuerpo vivo y cuerpo muerto, representaba el valor del guerrero muerto advenido al cuerpo vivo. De forma similar, los guerreros se camuflaban con máscaras, algunas veces hechas con el rostro de los enemigos caídos en batalla: *"Usaban máscaras hechas con la piel del rostro de sus enemigos"* (Bedoya citado por Tobar, 1958: 47). El cuerpo del enemigo era utilizado como uno objeto, como una cosa, pero a la vez, con este hábito se le reconocía al otro caído en guerra su identidad, se presuponía que los enemigos identificaban a su propios amigos, es decir, eran los contrincantes vestidos con la piel de sus enemigos. El otro en uno o en el otro parece ser la búsqueda de los hombres primitivos, por lo menos en la guerra.

Esta misma simbología corporal se expresaba en la antropofagia, en este caso algunos grupos de indígenas colombianos consideraban que el alma se podía transmitir y la valentía de los enemigos se podía consumir en la carne de los otros:

"Esta abominable y salvaje costumbre, no sólo fue motivada por herencia, por la costumbre y la deleitación sensible, sino por el sentido mágico que en el mismo acto pretendían hallar o que en ello se imaginaban incorporar el valor y cualidades positivas de sus víctimas que en el jugo de sus carnes se transmitía" (Tobar, 1958: 43).

La búsqueda de formas para incorporar al otro, para apresar al otro en uno, ya sea mediante el embalsamamiento, o la imitación con el rostro de otro, o consumiéndolo, es la misma: ganar algo que el otro posee, en las dos primeras es algo que trasciende la carne, pero en la tercera costumbre es precisamente el cuerpo lo que se consume, y aunque el canibalismo no se puede justificar bajo nuestra cultura, es posible comprender un poco tal actividad cuando se

efectúa con creencias de por medio, tal y como lo han hecho muchas culturas, en sus inicios, el peligro es caer en el desenfreno frente a la antropofagia. Como en caso de los Pijaos, según nos cuenta el Capitán Diego de Bocanegra:

“Son guerreros animosos, y por naturaleza rabiosos, crueles, inhumanos, comen carne humana, y gustan de ella más que de otra comida. En los tiempos pasados, que había gran número y cantidad de indios en los valles de Saldaña, Neiva y su comarca tenían y usaban los indios Pijaos carnicerías públicas de carne humana y se vendían los unos a los otros los cuartos de los indios y muchachos cautivos, como entre nosotros los de vaca y ternera” (Melo & Valencia, 1989: 144, T. 1).

La sombra de la muerte ronda la vida de nuestros antepasados, como lo hace en la actualidad, pero con prácticas diferentes, desde su forma de vestir para algunos, hasta la desnudez de los cuerpos, desde querer consumir al otro, literalmente, hasta apropiarse de los cuerpos ajenos por medio de su soma o su rostro. Los cuerpos invisibles, y la perpetuación hablada de los cuerpos es una permanente en la historia de nuestros antepasados tal y como lo narran los historiadores de la época de la conquista. Así el cuerpo es fundamental para la percepción de los mismos nativos, tanto que hasta las casas mismas tenían este símbolo, como en el caso de los indios del Amazonas, como lo narra Tobar: *“Cada Maloca que se construye y se habita representa el cuerpo de la madre ancestral en posición de dar a luz, por su parte frontal nace la humanidad, hacia el patio la creación, espacio abierto del almacenar”* (1958: 74). Sin embargo, el cuerpo también podía ser intervenido, en su conformación biológica, como lo veneremos en lo que sigue.

2. La intervención corporal

El cuerpo, por el sólo hecho de ser un entidad orgánica, ya está expuesto a los devenires de la naturaleza. El cuerpo es un sistema semi-abierto y auto-controlado, que transforma la energía liberada de la naturaleza en energía cinética, en otras palabras, la vida de los cuerpos es tal porque intercambiando material, constantemente, con la naturaleza, toma de ella nutrientes y los convierte en movimiento, por ello el cuerpo es una entidad móvil en la naturaleza, pero por ello, también, los cuerpos orgánicos pueden en cualquier momento desestabilizarse, no sólo por influencia de la naturaleza, por ejemplo, con la escasez de alimento, de agua, de luz, sino por conflicto con otros cuerpos en el mundo de la vida. En sentido estricto, todo cuerpo puede producir un cadáver en cualquier momento, ya sea por enfermedad,

por heridas o sólo por vejez. Es más, todo ser humano, y por extensión todo ser vivo, siempre anda con la sombra de la muerte incorporada en su ser.

La naturaleza era ejemplo de nacimiento, padecimiento y muerte, es decir, que no era difícil deducir la debilidad del cuerpo, como parte del mundo mismo. Bajo este principio de conciencia nacen los conceptos de cuidado, restauración y asistencia corporal, para lo cual, nuestros antepasados desarrollaron medicamentos con las plantas:

“Las utilizaban sometiéndolas a maceración y las aplicaban en cataplasmas, como desinflamantes, cáusticas o hemostáticas; también las empleaban en cocción, en infusión, en evaporación o inhalación. Sabían cuándo el zumo o la cocción de una planta que podía ser venenosa al tomarla por la vía digestiva, podía ocasionar un gran alivio al aplicarla por la vía rectal [...]. Sabían dosificar el veneno para sus flechas y lo empleaban en cantidad que quitara la vida o que produjera la inconsciencia, o la inmovilidad de los miembros, temporalmente” (Castro de Posada, 1955: 84).

De esta manera la idea de cuerpo, tanto propio como ajeno que habitaba en la mente de los nativos era de un cuerpo débil ante el mundo, pero con posibilidades de restauración mediante la intervención intencional, por medio de elementos externos al cuerpo mismo.

Los cuerpos de los aborígenes, como en la actualidad, se jugaban su existencia entre estar bien y estar mal, entre las perturbaciones y las armonías corporales, entre lo patológico y lo normal o, si se quiere, entre la salud y la enfermedad; y como todo ser humano, siempre busca estar bien, en armonía consigo mismo, normal, es decir, saludable. La salud, en este sentido, es como lo afirma Canguilhem citando al cirujano Leriche: “*La salud es la vida en el silencio de los órganos*” (2005: 63). Podemos suponer, con lo dicho, que la enfermedad era invisible y sólo se aparecía a la conciencia del cuerpo de los nativos en la medida en que sus órganos se hicieran sentir, en la medida en que su cuerpo se le manifestara con sensaciones de molestar al pensamiento, en la medida en que los órganos hablaran a su cuerpo, por medio del dolor, de la sangre o de la restricción de las actividades cotidianas. Así, padecer una patología, sólo era posible en la medida en que el cuerpo pasara de un estado de armonía a un estado de anormalidad, de tal manera que en la medicina de los nativos, se intervenía el cuerpo, la mayoría de las veces, cuando éste le gritaba en términos de dolor⁵ o sangre al sujeto portador de tal irregularidad.

⁵ Con relación al dolor en el contexto de la existencia, en mi libro *Ética: la mejor forma de ser hipócritas. La máscara de la realidad*, editado por la UAM en 2005, profundizo sobre este tema.

La experiencia de dolor ha acompañado a los seres humanos en toda su existencia, pareciera que con el solo hecho de ser, ya es suficiente para estar expuestos al dolor, sin embargo, la forma como se entiende éste en cada época y en cada cultura es diferente, hay culturas que sacralizan esta sensación de malestar y otras que lo asumen como un castigo. Los significados pueden ser múltiples pero el dolor es uno sólo –por lo menos a nivel biológico–. De esta manera el dolor representa la individualidad, no sólo del cuerpo humano como cuerpo entre los cuerpos sino de las fracciones o partes del cuerpo, ya que el dolor puede ser localizado, y se puede identificar como alteración corporal. De esta forma, para nuestros antepasados esta sensación tiene mucho significado, tanto que lo plasmaron en estatuillas zoomorfas como lo afirma el profesor Betancourt:

“En la costa de Tumaco es notable la alfarería por la riqueza y variedad de formas zoomorfas y antropomorfas, destacándose, principalmente, el realismo y la expresividad del rostro humano: emociones, como la alegría, el temor, dolor, duda o asombro fueron artísticamente verdaderos retratos, comparables con la cerámica de los Mochica del Perú” (1998: 135).

La sangre es otro elemento que enuncia el bienestar del cuerpo, pero también la alteración del mismo. Este fluido, que tiene su origen en el cuerpo y recorre cada uno de los fragmentos del mismo, es parte del cuerpo, y cuando brota de él es presagio de enfermedad, como lo muestran los aborígenes, sobre todo en las mujeres y su condición natural. Este pasaje menstrual fue simbolizado de una manera negativa, a tal punto que a las mujeres había que exiliarlas en los días de la primera menstruación, como ritual de inicio de la pubertad, como lo muestra el profesor Betancourt (1998: 56): “Entre los Guajiros, por ejemplo, tras un monacal corte de cabello, las pequeñas permanecen acostadas en un chinchorro, colgadas casi contra el techo de la casa, sin moverse y sin ingerir otra cosa que chicha sin azúcar”. En otros casos, como los indios de Cali, dice el mismo autor, citando a Juan de Castellanos, se edificaba al lado de las chozas otras más pequeñas para aislar a las mujeres menstruantes, allí las mujeres no podían tener contacto con nadie, durante el tiempo que de su cuerpo brotara el elixir de la vida.

De esta manera la sangre en general, enuncia los estados corporales, y aun en casos naturales como la menstruación, ella implica simbolismos que hacen que se diferencien los géneros, lo cual debió haber sido una pregunta clásica, de nuestros nativos, ¿por qué la sangre brota del sexo femenino, y no de masculino? De cualquier manera este elemento plástico, no pasa desapercibido, es una muestra de vivencia, de salud pero también de enfermedad, puede ser

un mal presagio, pero también la esencia de la vida, para nuestros nativos. La sangre constituyó un elemento cargado de posibilidades destructivas, ya que ella mezclada con otros elementos despreciables por sus efectos, hacía parte de la receta del veneno, para los Caribes, que se usaba para aniquilar las presas en caza o al enemigo en la guerra, como lo narra Fray Pedro de Aguado (Melo & Valencia. 1989: 36, T. I), texto que reproducimos en su totalidad por la curiosidad de la receta:

“En un vaso o tinajuela echan las culebras ponzoñosas que pueden haber y muy gran cantidad de hormigas bermejas que por su ponzoñosa picada son llamadas Caribes, y muchos alacranes y gusanos ponzoñosos de los arriba referidos y todas las arañas que pueden haber de un género que hay, que son tan grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas y si tienen algunos compañeros de hombres los echan allí con la sangre que a las mujeres les baja en tiempos acostumbrados y todo junto lo tienen en aquel vaso hasta lo que vivo se muere y todo junto se pudre y corrompe y después de esto toman algunos sapos y tiénelos ciertos días encerrados en algunas vasijas sin que coman cosa alguna, después de los cuales los sacan, y uno a uno los ponen encima de una cazuela o tiesto atados con cuatro cordeles, de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte que el sapo quede en el medio de la cazuela tirante sin que pueda menear de una parte a otra y allí una vieja le azota con una varilla hasta que le hace sudar, de suerte que el sudor caiga en la cazuela, y por este orden van pasando todos los sapos, que para efecto tienen recogidos y desde que sea recogido el sudor de los sapos que les pareció bastante júnntanlo o échanlo en un vaso donde están ya podridas las culebras o las demás sabandijas y allí le echan la leche de unas ceibas o árboles que hay espinosas que llevan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y lo menean todo junto y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño”.

Pero la sangre también era tomada como alimento del mundo de la inteligencia, como el elixir de la vida, así lo muestra Castro de Posada en *El pasado aborigen*, hablando de los Chibchas recuerda que:

“La sangre, elemento plástico por excelencia, principio constituyente de la leche alimenticia y del germen de la vida, era juzgada como al alma misma de los organismos. La sangre, decían nutre la vida de la naturaleza hasta en las plantas y los espíritus. Algunos pueblos bebían sangre porque les daba la inteligencia y la sensibilidad” (1955: 69-70).

Así la sangre producida y acumulada en los cuerpos, al brotar de ellos, también era símbolo de alimento, era la urdimbre de la vida y con ella se trasmitía la vida misma. Sangre, vida y cuerpo, son una tríada de elementos que siempre han existido en la naturaleza humana y de esta manera se interpretan de diferentes formas, pero siempre en relación, la sangre habita en el cuerpo para producir la vida, pero esta misma, como lo veíamos, también puede acabar con la existencia.

Otras formas de restauración corporal, se daban mediante la intervención del cuerpo por medio del uso de plantas que si bien podían curar también podían envenenar, aquí parece que nuestros antepasados tenían mucho conocimiento, sobre el efecto de las yerbas en el cuerpo humano, al respecto cuenta Bernardo de Vargas Machuca:

“Si alguien fuere herido con yerbas, lo mejor y más seguro es cortar toda la carne que comprendía la herida [...] Si la herida entre ellos cayere se raerán con la uña y limpiarán luego para que no quede infeccionada de la yerba, que esto saben bien hacerlo los indios amigos” (Melo & Valencia 1989: 59-60.T.I).

Aquí se expresa claramente la seguridad de los nativos en la intervención en el cuerpo y la posibilidad de las amputaciones como medio de salvar la vida del cuerpo en pos de la partes del mismo. De forma similar se muestra en esta cita la posibilidad de la transmisión de patología y la necesidad de la asepsia como proceso de bienestar corporal.

Este mismo autor, muestra el uso que nuestros antepasados hacían de la masa de harina de maíz tostado, para combatir la infección y estancar la salida de la sangre de las heridas; para matar el veneno que corre por la venas también es bueno el zumo de triaca, o de bencenuco, o una almeja de río molida y desleída en agua o chicha, entre otros elementos. En este mismo sentido nos narra Jiménez de Quesada (1989: 69) el uso que hacían los Chibchas del hayo, que crece en las costas del mar, para purgarse y limpiar su organismo. Hay otros ejemplos sobresalientes en las costumbres de nuestros nativos, para la restauración corporal, tales como, el uso de estimulantes, las enfermedades de los ojos, la manía de consumir tierra y piedras para afirmar los dientes, entre otros. Estas maneras y elementos para intervenir en el cuerpo, nos muestran que el concepto de soma que tenían nuestros nativos era profundo sobre la anatomía y la fisiología del mismo, así haya sido de una forma empírica, ya que la efectividad de sus aplicaciones e intervenciones, según Bernardo de Vargas Machuca, era buena y se lograba el efecto esperado.

El cuerpo, para nuestros antepasados, no era una identidad terminada por la naturaleza, ni por los dioses, sino un elemento vivencial que acompañaba todas las circunstancias de nuestros pobladores. Y como fundamento de las vivencias podía moldearse a la manera que la naturaleza lo exigiera. Así los cuerpos podían ser sanados con plantas o con rezos o acribillados a flechazos, podían padecer dolor y sufrimiento, supurar sangre como símbolo de vida; se podía intervenir en los cuerpos a voluntad de quien lo portaba o de otros. El cuerpo era reconocido como un elemento orgánico, inacabado, expuesto a los movimientos de la naturaleza salvaje, por esto la vida habitaba en el cuerpo, pero de forma pasajera ya que los límites del cuerpo no eran los límites de la existencia, en este sentido la vida superaba, en tiempo, al cuerpo. De esta manera el cuerpo que los habita no era algo diferente a la naturaleza, para nuestros antepasados, todo estaba en lo uno corporal y lo uno corporal estaba en el todo, por ello creían que podían intervenir en su cuerpo pero también en el mundo como en el sol y los estados climáticos, como lo narra Gutiérrez de Ovalle (Melo & Valencia, 1989: 148 T.I), relatando las costumbres de los Colimas:

“Cuando tienen voluntad y querían que el sol abreviase su jornada y corriese más que corre a encerrarse en su ocaso, codicioso de la noche, aunque sea de mañana, por dormir o no trabajar ponerse a mirarle y a soplarle muy a prisa arrancándose las pestañas y las cejas de los ojos y arrojándose las con aquellos antojos, y creen que basta esto a hacer fuerza al sol para que se sujete a su querer desatinado. El mismo rito y ceremonia tienen y observan contra los aguaceros y tempestades, imaginando que con soplos de su aire han de resolver las aguas y detener los vientos”.

3. Conclusiones

No son pocas las categorías que aparecen cuando uno quiere mirar el descubrimiento del cuerpo en el descubrimiento de América. Categorías como el erotismo, la estética en los adornos corporales, la motricidad, la magia o el poder de la palabra en las representaciones de cuerpo, la hechicería, entre otros, son conceptos que no aparecen en este trabajo de manera explícita, pero que de alguna manera, no son obviados del todo; por lo menos hay conciencia de que ello existía en los tiempos de nuestros antepasados. De cualquier manera los tres elementos que hemos seleccionado en este trabajo, pretenden dar la idea inicial que del cuerpo tenían los nativos colombianos a la llegada de los conquistadores, que bien puede servir como referencia endógena de nuestras costumbres, como referente al surgimiento de la percepción del

cuerpo que nace de nuestras necesidades y condiciones naturales, anhelos, valores, creencias y sentimientos que los antepasados vivieron en nuestra tierra.

Bajo estas advertencias tenemos que decir, en primer lugar, que los cuerpos de nuestros antepasados eran percibidos por los conquistadores como semejantes a los suyos, en cada cuerpo resplandecía la semejanza que se develaba en la concepción de los nativos mismos, como herederos del resplandor del sol y la luna, éstos creaban las aguas la diosa *Sie*, que acompañaba toda la existencia de los seres humanos, desde su nacimiento hasta su fin corporal. De esta manera el cuerpo era símbolo de la forma o configuración de los dioses, es decir, que las primeras representaciones del cuerpo de los nativos nacen de la idea de los cuerpos de las deidades, de tal manera que lo mortal hacía parte de lo inmortal, que la carne hacía parte del espíritu de la naturaleza o, dicho en otros términos, lo oscuro resplandecía como imitación de la luz.

Por otra parte, los cuerpos de los nativos no se diferenciaban de una manera específica del paisaje natural, por ello muchos de los nativos andaban desnudos y otros cubrían su intimidad por factores de salud; de esta manera hay un choque entre la imagen que tenían los conquistadores de su propio cuerpo y los cuerpos que encontraron en nuestra tierra, nuestros cuerpos eran invisibles, para el mundo de la civilización. Sin embargo en las costumbres de usar taparrabos, protectores, objetos peniales y vaginales se expresa el interés de nuestros antepasados por la reproducción, simbolizándose a sí mismo como cuerpos del engendramiento. También los cuerpos transitaban a los otros como la sombra de la muerte, en forma de cuerpos preservados y usados en la guerra o el desgarramiento del rostro del otro para hacer máscaras, o lo más común mediante el canibalismo. El cuerpo seguía siendo después de muerto, los cuerpos invisibles se transformaban en sombras que los nativos utilizaban para sus propósitos.

Y por último, el cuerpo se representa para los nativos como un elemento vulnerable en la naturaleza, se expresa al mundo como saludable o enfermo por medio del dolor y la sangre. Ambos lenguajes del soma muestran cómo el cuerpo podía ser intervenido con medios físicos para fines determinados para su restauración o destrucción. De cualquier manera, la representación de cuerpo que connota estas intervenciones muestran que el cuerpo podía ser modelado al capricho de los nativos, de tal manera que el cuerpo no era de una vez y para siempre, sino un proyecto que está en continuo cambio, en continuo progreso, es decir, que es un cuerpo abierto al mundo de las circunstancias y no un cuerpo cerrado por capricho de los dioses.

Bibliografía

- AGUDELO, Luis E. (1983) *Génesis delo pueblo Caldense*. Manizales. Imprenta departamental. Biblioteca de escritores caldenses
- BETANCOURT PATIÑO, José Colombano. (1998). *Cultura precolombinas colombianas, arquitectura, cerámica, orfebrería, folclor*. Manizales, Colombia: Universidad de Caldas.
- CANGUILHEM, G. (2005). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI.
- CASTRO DE POSADA, Elvira. (1955). *El pasado aborígen*. Buenos Aires: Stilcograf.
- FEHER, Michel; NADDAFF, Ramona & TAZI, Nadia. (1991). *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Tomo II. Madrid: Santillana.
- KARSTEN, Rafael (1935). *The head-hunters of Wester Amazonas. The Life and Culture of the Jibaro Indias of Eastern Ecuador and Peru* Centraltrickeri och Bokbinderi
- MELO, José Orlando & VALENCIA LLANO, Alonso. *Reportaje de la historia colombiana*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- OVIEDO Y VALDÉZ, Gonzalo F (1959) *Historia general y natural de las indias*. Madrid. Ediciones Atlas Graficas Orbe
- PATIÑO, Víctor Manuel. (1993). *Historia de la cultura material en la América Equinoccial*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. (1989). "Colombia indígena, periodo hispánico". En: JARAMILLO URIBE, Jaime. *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta.
- TOBAR V. José Miguel. (1958). *Los Pijaos sus ascendientes y antecedentes*. Bogotá, Colombia. Pontificia Universidad católica Javeriana.
- VANEGAS GARCÍA, José Hoover. (2001). *El cuerpo a la luz de la fenomenología*. Manizales, Colombia: UAM.
- _____. (2005). *Ética: la mejor forma de ser hipócritas. La máscara de la realidad*. Manizales, Colombia: UAM.